

**EN DEFENSA
DE
LOS MÉDIUMS**

M^a Dolores Figueras.

En la sección correspondiente de cualquier revista o periódico, se puede encontrar la llamativa invitación para descubrir el “porvenir” que nos aguarda, a través de cualquier mancia. Y así, en increíble mezcla, se ofrece una muestra de formas de adivinación que incluye médiums y videntes, astrología, cartas del tarot, bola de cristal, lectura de las líneas de la mano, etc., todo en fin, destinado a despertar el interés de posibles consultantes.

Es preciso puntualizar que el Espiritismo no acepta ninguna de tales prácticas. Sin embargo la doctrina Espírita no puede evitar que un buen número de personas se autodenominen médiums y videntes, ofreciendo unos servicios, a veces, por simple lucro, cosa que deplora.

En apoyo de las oraciones gratuitas el Codificador dice en “El Evangelio según el Espiritismo” capítulo XXVI-4: Así pues Jesús les recomienda: No os hagáis pagar por vuestras oraciones. No procedáis como los escribas “que, so pretexto de largas oraciones, devoran las casas de las viudas”. Y casi a continuación, refiriéndose a los médiums que pueden conectar con el mundo espiritual, el maestro Kardec pregunta: ¿Acaso no sería una profanación evocar por dinero a los seres que respetamos y nos son queridos?

Estamos totalmente de acuerdo en desaprobar ese tipo de explotación de la mediumnidad. Los médiums que asistan regular y periódicamente a sesiones espíritas con el expreso intento de ayudar a las entidades espirituales que sufren el desconcierto de ignorar su auténtica situación, no deben ser remunerados bajo ningún pretexto. Es más, es obvio que su propia honestidad se lo impediría, dada la índole de la labor que realizan.

En el capítulo VIII de “El libro de los Espíritus” leemos: “La doble vista es la vista del alma... En la mayoría de los casos la doble vista se desarrolla de forma espontánea...y es susceptible de desarrollarse mediante el ejercicio”.

“El Génesis según el Espiritismo” detalla: “La doble vista o vista espiritual llamada vista psíquica, es patrimonio de muchas personas, a menudo ignorantes de tal facultad...”

Y “Obras póstumas” precisa: “El que posee la vista espiritual, ve con su propio espíritu, y nada implica para la extensión de su facultad la necesidad del concurso de un espíritu extraño”.

Parece que tales videntes, al ser esta facultad inherente a ellos y no precisar la ayuda de un espíritu, pueden utilizarla como mejor les acomode y ello ahorra todo comentario.

En el capítulo XIV del Génesis de Kardec se cita: “Hay personas dotadas de un poder tal, que obtienen en ciertos enfermos curaciones instantáneas con solo imponerles las manos y aun por el solo acto de la voluntad”. Deducimos, por tanto, que la facultad de curar por influencia fluidica es muy común y puede desarrollarse mediante la ejercitación.

De “El Evangelio según el Espiritismo”, extraemos lo siguiente: “El magnetizador da su propio fluido y a menudo incluso su salud: ellos sí pueden poner precio a sus servicios”.

Mas volviendo al Génesis encontramos esta puntualización: La acción magnética puede verificarse de diferentes maneras: Por el fluido del mismo magnetizador, llamado magnetismo humano, y el magnetismo mixto, semiespiritual o humano espiritual”.

Nosotros nos preguntamos, ¿cómo puede conocer un médium la línea divisoria donde termina su capacidad humana y empieza la intervención espiritual?

Una vez más merece abrir sano debate con ánimo de esclarecer el delicado y controvertido tema de sí a los médiums sanadores y videntes, les asiste o no el derecho a percibir una retribución económica por atender las necesidades del público doliente.

Las divergencias de criterio, sobre este punto, entre los seguidores del Espiritismo, nacen sin duda, de las opuestas conclusiones a que han llegado en la interpretación de la obra de Allan Kardec. Ello a supuesto crear profundos complejos de culpabilidad en algunas personas que poseen facultades curativas, sintiéndose censuradas y juzgadas por la corriente más conservadora e inflexible de la doctrina que se obstina en apoyarse en este párrafo del Evangelio según el Espiritismo: “El médium curativo transmite el fluido salutífero de los buenos espíritus, de ahí que no tenga derecho a venderlo. Jesús y sus apóstoles, aunque eran pobres, no cobraban de ninguna manera por las curaciones que hacían”.

X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X

Retrocedamos en el tiempo y situémonos en el año 1880. Hacía poco más de una década que Allan Kardec había desencarnado, legando a la humanidad su incomparable obra.

Nuestros abuelos nacieron, aproximadamente, en aquella época, y mil veces nos relataron cuán difícil era sobrevivir rodeados de inconcebibles penurias, pues carecían de lo más imprescindible. A los obreros se les llamaba “pobres”, y en realidad lo eran. Con largas jornadas de trabajo mal remunerado, a duras penas podían alimentar a su familia, que solía ser numerosa. Cuando la enfermedad entraba en un hogar, siempre lo hacía arrastrando tras de sí la más aplastante miseria. No existía, entonces, una Seguridad Social que protegiera al trabajador enfermo, quien dejaba de percibir su salario en el momento que más necesitaba del dinero para poder acceder a una atención médica y adquirir los medicamentos precisos...

En invierno sufrían el azote del frío, las veinticuatro horas del día. Para calcular el hambre y la mala nutrición que padecían, pongamos como referencia que era normal repartir un arenque entre tres personas. En situaciones desesperadas, a veces, les llegaba el socorro de un alma caritativa.

Nuestra querida Amalia Domingo Soler, incansable divulgadora del Espiritismo, confirma tales carestías en el capítulo VI de sus memorias donde refiere que tuvo que demorar la respuesta de una carta durante dos años por carecer de seis cuartos, el importe de un sello. ¡Inconcebible!

Frente a tamaña falta de recursos económicos creemos que se hizo necesario recomendar, a quien poseyera facultades curativas, no privar al desdichado del mendrugo que le quedaba.

X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X

Acabamos de pisar el dintel del siglo XXI. La sociedad tiene aún por resolver serios problemas, pero es evidente que los tiempos han cambiado sensiblemente. Existen lamentables bolsas de pobreza, incluso en los países más desarrollados, pero ello no impide que el consumismo, extendiendo un amplísimo abanico de ofertas, se encargue que los trabajadores disfruten de notables comodidades.

Salvando hipotecas y créditos consiguen un hogar confortable, todo tipo de electrodomésticos, una segunda vivienda en la montaña o la playa, viajes de fin de semana, coche, vacaciones, estudios universitarios para los hijos y otros dispendios como pueden ser joyas, cuidado de la imagen física, tabaco, lotería, animales de compañía además de otras “pequeñeces”.

En el presente, por lo tanto, es ilógico condenar a una persona, por ser médium, a pasar hambre, alumbrarse con una vela y calentar sus pies al calor de un brasero aspirando sus tóxicos gases.

Veamos las distintas opciones a que puede recurrir, hoy, un médium sanador para asegurar la propia manutención.

Apoyándose en la obra Kardeciana, los espiritistas más ortodoxos, abogan por, tras una jornada laboral normal, dedicar unas horas a sanar enfermos gratuitamente, o trabajar sólo media jornada contando con la ayuda económica de algún familiar.

Es difícil resolver el problema que tratamos en el supuesto que el médium viva solo por carecer de familia o bien sí teniéndola, ésta por falta de recursos o enfrentados criterios, no se halle dispuesta a ayudarlo y, lo que es más delicado, que la persona en cuestión, no quiera convertirse en una carga para los suyos.

Creemos que todo pro tiene su contra. Si una persona trabaja ocho horas a buen ritmo, al término de su jornada es de suponer que acuse un natural cansancio que se agravará si añade un tiempo considerable a prestar atención a los enfermos que llamen a su puerta en busca de alivio. No olvidemos que un médium, además, no puede descuidar sus deberes familiares, y que aparte de comer y dormir, tiene derecho a merecidos momentos de sana lectura y asueto. Cada médium vive unas determinadas circunstancias personales y familiares, y todas merecen la debida consideración y respeto.

Supongamos que a una persona se le desarrollen unas facultades curativas tan extraordinarias que se vea obligada, por la gran afluencia de público, a dedicar a esa misión una dilatada e intensa jornada de trabajo. Para ello, es lógico pensar que precisará buscar una vivienda de mayor cabida donde instalar un gabinete de consulta y una sala de espera o, a fin de no interferir en la intimidad familiar, trasladar sus actividades a un local adecuado. Nada de esto lo conseguirá gratis.

En el capítulo XVII de “El libro de los médiums” Allan Kardec preguntó: ¿Qué causa puede provocar en un médium el abandono de los espíritus? Y la respuesta fue: “El uso que hace de su facultad es lo que más influye sobre los buenos espíritus. Podemos abandonarle cuando se sirve de ella para cosas frívolas o con miras ambiciosas...”

Debemos entender así, que si los buenos espíritus no vacilan en ayudar a un médium, significa que el uso que hace de sus facultades, es el correcto.

En “Obras Póstumas” el maestro Kardec define: “Los médiums medicales son simples médiums escribientes, cuya especialidad es servir fácilmente de intérprete a los espíritus para las prescripciones medicales...”

Personalmente conocimos en 1960 a una renombrada médium “medical” que llevaba ejerciendo treinta y cinco años, sin desmayo durante largas jornadas, entregada totalmente a las personas enfermas. Empezó muy joven, recorriendo diversas ciudades que la acogían con veneración y respeto. Incluso visitaba hospitales asesorando a médicos sobre casos difíciles de diagnosticar, en una época que no disponían de avanzadas técnicas de exploración.

En la década de los 40 se vio obligada a abrir una consulta en la ciudad de Barcelona. La afluencia de consultantes era tanta que precisó el servicio de una joven, mañana y tarde, que se encargara de distribuir unas tarjetitas numeradas a la concurrencia, por riguroso orden de llegada, a fin de asegurar que no se crearan conflictos y tensiones en la repleta sala de espera.

Esta maravillosa médium, en breves momentos descubría la enfermedad que aquejaba al consultante o la de cualquier otra persona aunque no estuviera presente, y escribía con rapidez la receta correspondiente. Como única retribución económica aceptaba lo que voluntariamente le ofrecían quienes la consultaban. Se comentaba que había recibido generosas recompensas de personas adineradas, queriéndole demostrar con este gesto su profunda gratitud. Pero también es cierto que en numerosas ocasiones puso en la mano del necesitado, además de la receta, el importe de los medicamentos.

Su actividad como médium cesó poco antes de abandonar su cansado cuerpo octogenario y jamás en el dilatado ejercicio de su admirable labor, los espíritus que la asistían le negaron su apoyo. Todo lo contrario, siempre fue capaz de diagnosticar, con extraordinaria precisión, la índole de una enfermedad y prescribir lo más conveniente para resolverla.

Este ejemplo y otros que podríamos citar, indica, a nuestro entender, que un médium haciendo un buen uso de sus facultades no tiene porque vivir precariamente o a expensas de otras personas.

Sabemos de otros médiums que ejercen sus facultades de forma gratuita en el propio domicilio, con los consiguientes inconvenientes. Debido a la falta de espacio sus sufridos familiares, la mayor parte del tiempo, se ven confinados a realizar en la cocina distintos quehaceres, porque el comedor hace las veces de sala de espera, y para mayor incomodidad queda inutilizado un dormitorio que se destina para atender a los enfermos.

Por otra parte la gratuidad de los servicios hace que la gente se sienta incómoda y pretenda recompensar, de algún modo, el favor recibido de manera tan generosa, y así en continuo goteo, los tales médiums se ven “favorecidos” con los más variados objetos. Desde plantas ornamentales y bombones a frascos de colonia, paraguas, pañuelos, cuadros, alfombras, imágenes, relojes, joyas, figuras de adorno, en fin, una larga y abundante lista de cuanto se puede encontrar en un comercio. Señalemos que muchas personas si se les priva de agradecer con un detalle al médium con quien se sienten en deuda, dejan de acudir a la consulta.

Lo lamentable es que los mencionados regalos, repetidos en increíble cantidad los más, acaban almacenados sin utilidad alguna. A nadie aprovechan, mientras que si se pudiera rescatar el dinero que valen, remediaría el sustento del propio médium, convirtiéndose además en estimado recurso para paliar más de una necesidad.

Está demostrado que la teoría y la práctica no siempre son dos líneas paralelas.

Consideramos que un médium sanador merece vivir dignamente, de la misma manera que estamos en contra de cualquier forma de especulación. El médium que se ha formado dentro de la moral espírita, sabe que no puede ni debe enriquecerse a través de sus facultades. El o ella son los únicos que responderán ante sí mismos, de su proceder. Mientras, estimamos que no es lícito entorpecer su labor creándoles sentimientos de culpabilidad, con severas amonestaciones, por ejercer el derecho de percibir una gratificación que les asegure el cotidiano pan.

Más que las ganancias económicas debería medirse el valor del tiempo empleado en socorro de quienes sufren, el caudal de ternura y aliento prodigados y la importancia espiritual que supone transmitir un mensaje de vida y esperanza que va más allá de la Tierra.

X-X

De los buenos espíritus recibimos, constantemente, generosa ayuda. A ellos no les causa mayor esfuerzo transmitirnos un fluido curativo, que inspirarnos una obra literaria, lo cual demuestra que no desaprovechan ocasión alguna que sirva para desterrar las posibles dudas sobre su indiscutible presencia.

Cuánto decimos lo avalan un importante número de libros, dictados y firmados por diversos espíritus que buscan la colaboración de acreditados

médiums. Tales obras mediúmnicas tienen asegurada su difusión y venta antes de nacer. Aparte de la instrucción moral que destilan, los beneficios económicos que generan no son nada despreciables. El mundo espírita conoce el destino de estos ingresos. Comúnmente se sostienen loables instituciones que dan cobijo a niños y niñas abandonados, procurándoles el calor de un confortable hogar, donde no carecen de nada, ternura, atención médica, comida, vestidos e incluso estudios superiores. La simultánea y estrecha labor que llevan a cabo espíritus y médiums, hace posible que unos seres, hijos del infortunio y la miseria, puedan gozar de tan gran protección.

Es una magnífica tarea y nos congratulamos de todo corazón que alguien se dedique a desarrollarla con altruista celo. Pero por pura lógica, habrá que preguntarse si los beneficios que reportan los citados libros pueden cubrir las necesidades de niños huérfanos y ancianos indigentes, ¿por qué al médium se le niega el legítimo derecho de destinar una pequeña parte de estos ingresos para asegurar su propio sustento?

X-X

Oradores espíritas de talla, aceptan que en sus disertaciones, reciben la ayuda de sus guías espirituales y en ocasiones más que desarrollar una conferencia, captan la comunicación que les dicta un espíritu superior. Estos médiums avivan el entusiasmo del auditorio que escucha el mensaje, siendo reclamados de cualquier parte del mundo para impartir sus enseñanzas, emprendiendo, a veces, largas giras durante meses.

En todos los países que visitan son atendidos y agasajados por los adeptos espíritas, y son precisamente éstos quienes les financian viajes y estancia, puesto que no reciben retribución alguna por su labor divulgativa en favor del Espiritismo. Tal proceder nos parece natural y equitativo y nadie se rasga las vestiduras por ello, porque engullidos por la vorágine de la sociedad en la cual nos movemos, encontramos grandes escollos que no siempre permiten “dar de gracia, lo que de gracia hemos recibido”.

Nos place remitirnos a la autorizada pluma de Allan Kardec, quien en su libro “Obras Póstumas”, nos dice: “Si nos figuramos hallarnos aún en los tiempos aquellos en que los apóstoles podían ponerse en camino con su bastón de viaje y sin preocuparse por el abrigo ni por el alimento, sería una ilusión que no tardaría en desvanecérnosla la cruda realidad. Para hacer cualquier cosa sería hay que someterla a las necesidades que imponen los medios de la época en que se vive... Calculemos, pues, ya que vivimos en un siglo en que es preciso contar”. (Procedimientos y medios)

Los espíritus no están sujetos a las imperiosas necesidades del cuerpo ya que carecen de él, y deducimos que conociendo las dificultades que nos rodean, benevolentes, no regatean su ayuda a los seres que estamos intentando evolucionar, atendiendo a un tiempo el obligado trabajo terrenal, o bien otro cualquiera que ataña a la parte espiritual del ser humano.

La relación con el mundo espiritual es tan estrecha que siempre será difícil distinguir, en toda empresa, qué parte es obra exclusivamente nuestra y qué tanto por ciento se lo debemos a los benefactores del más allá. Es innegable que guías espirituales, comprensivos y amorosos, nos tienden su bondadosa mano para facilitarnos la andadura, existencia tras existencia.

Escuchemos la propia conciencia y desechemos infundados temores, útiles tan sólo para anclarnos a mitad de recorrido, entorpeciendo, debilitando y retardando nuestras posibilidades de crecer moralmente. No ignoramos que es incuestionable que recibiremos la compensación justa por el mérito que nos corresponda por cada uno de nuestros actos, porque en virtud del libre albedrío, inherente a todo espíritu, nadie puede eludir ni la más insignificante responsabilidad.

X-X

Allan Kardec relata en “Obras Póstumas”, que se encontró frente a la necesidad de presentar cuentas de sus intereses privados a través de la “Revista”, a quienes le acusaban de haberse enriquecido a costa de la Doctrina. Se le atribuían inmensas riquezas obtenidas de sus obras espiritistas, cuando él no percibía sino algunos céntimos por cada ejemplar vendido, “Sin embargo sea mucho o sea poco, este producto es fruto de mi trabajo y nadie tiene derecho a inmiscuirse en el empleo que de él haga”. Y aún reafirma: “Lo que me han proporcionado estos recursos supletorios es el producto de mis obras. Lo digo con orgullo: con el producto de mi propio trabajo, con el fruto de mis vigiliass, he podido atender, en su mayor parte al menos, a las necesidades materiales de la instalación de la doctrina: he aportado una respetabilísima cuota a la caja del Espiritismo”.

Magnífica contribución para una gran causa. Siempre estaremos en deuda con el maestro Kardec por su ingente labor, sin olvidar el generoso concurso de buenos espíritus y dedicados médiums, sin los cuales no se concibe la existencia de “El libro de los espíritus”, punto de partida de la codificación.

Insistimos, una vez más, en tratar de esclarecer si es o no lícito percibir unos beneficios materiales por un trabajo que realicen en común el plano físico, siempre arduo, y el plano espiritual.

X-X

En Espiritismo, como en casi todo, las mismas normas no son aplicables a todas las épocas, países y grupos espíritas. Para celebrar una sesión mediúmnica, según leemos en “Obras Póstumas”, deberíamos disponer de “Un gabinete consagrado a las evocaciones íntimas que no será profanado por ninguna otra ocupación”.

Quienes hemos vivido 40 años de dictadura y represión franquista sabemos que tales requisitos no son, obligatoriamente, imprescindibles. El estado y clero español, en innumerable contubernio, condenaron y prohibieron el Espiritismo, confinando a sus adeptos a un silencio total. Teníamos que obrar cautelosamente, en el más estricto secreto, por no correr el grave riesgo de ser acusados de complot político, ya que la ley no contemplaba el derecho de reunión.

Nuestros modestos hogares servían de punto de encuentro. Las sesiones mediúmnicas solían celebrarse en el comedor, la pieza más amplia de la casa. Este lugar durante la semana se veía “profanado” por los juegos y peleas de los niños, la alegre danza de los jóvenes siguiendo el ritmo de moda, las quejas de los mayores por las penurias de la época y las voces de los locutores que a través de las ondas transmitían lacrimógenos seriales o las puntuales noticias exaltando, como no, al régimen imperante.

Pero al llegar el día del encuentro, todo lo vivido entre las cuatro paredes de aquella estancia quedaba diluido, borrado por completo y emergía otro ambiente, de serenidad y paz. Lo creaban las sinceras ansias de nuestros espíritus que no anhelaban otra cosa que la confirmación de la propia inmortalidad a través del contacto con los guías espirituales del reducido grupito. Ellos siempre estuvieron, solícitos, a nuestro lado en aquellos difíciles tiempos. Sus continuas enseñanzas nos abrieron grandes horizontes y cuando llegó el venturoso día, pasados unos años, que por fin fue posible adquirir las obras del maestro Kardec, descubrimos de donde procedían los mensajes de los espíritus que nos alentaron a seguir el camino correcto. Nos cuidaron al extremo de aconsejarnos que interrumpiéramos las sesiones y variáramos el día y lugar de concentración, cuando corrían peligro de ser investigadas nuestras actividades.

Así se mantuvo vivo el Espiritismo a lo largo de la geografía española, en las cuatro agobiantes décadas que gobernó un caudillo “por la gracia de Dios”.

X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X-X

Dada la categoría del planeta en que vivimos, nadie en su sano juicio puede pretender estar en posesión de toda la Verdad. Convivimos con retazos de verdades entrelazados de múltiples argumentos confusos, apoyados en otros tantos cimientos débiles, agrietados, que muestran grandes vacíos, anunciando un lento pero seguro derrumbe. Por otra parte existen doctrinas que, por su racionalismo, se aproximan a una verdad más coherente, sin tantas lagunas por resolver, pródigas en establecer postulados capaces de resistir un exhausto análisis formulado bajo la égida de la lógica y el raciocinio.

La diversidad de opiniones en algunos puntos de la doctrina espírita requiere mantener un diálogo abierto y respetuoso, con quienes no comparten los mismos criterios. Estudiemos con humildad, el motivo de toda disensión, porque en esta virtud no caben ni el orgullo ni la prepotencia, la mejor garantía para no caer en el fanatismo.

El fanatismo es sinónimo de desequilibrio, porque carece de reflexión sensata y, obsesionado, no analiza siquiera su propio credo. Con cerrado juicio, cree ser el único salvador planetario, otorgándose el pleno derecho de imponer sus pretendidas verdades. Sordo a todo lo que se aleje de su punto de vista, se excluye a si mismo de andar al paso del progreso. El fanatismo impide reconocer la propia inferioridad y la valía de los demás. Los seres dominados por tal extremo no alcanzan a discernir que precisamente es la razón, quien acaba imponiendo su autoridad avalada por la indiscutible fuerza de una evidencia sin paliativos.

Con gestos intransigentes, lo más probable es que perjudiquemos a la doctrina que, con tanto ahínco, pretendemos defender. Dialogar, escuchar y respetar, he ahí la formula mágica y única para aprender, comprender y aceptar.

Resulta negativo educar con amenazas, porque de nada sirve prohibir si no se ha aprendido a amar la Ley; el móvil de todo proceder ha de ser siempre el Amor.

La tarea primordial de cualquier doctrina filosófica debe ser orientar, esclarecer, no confundir, y ejercitar las mentes de sus adeptos en el

aprendizaje de observar y sopesar, en la balanza del equilibrio, las ideas propias y ajenas.

Para crecer espiritualmente es imprescindible gozar de plena libertad de pensar y obrar. Y si con indolencia aceptamos que una doctrina nos conduzca de la mano, corremos el riesgo de prescindir del libre albedrío. No en vano la ley de Evolución espiritual a través de la Reencarnación, pone de relieve que el libre arbitrio es el eje que confiere al espíritu, el mérito de sus esfuerzos por alcanzar regiones de Paz.

Igualada, 15 de Mayo de 2001